



## Crepúsculo de los Ídolos. (Introducción a la Filosofía de Nietzsche)

**Santiago Lario Ladrón**

9684sll@comb.es

Nietzsche, en una carta remitida el día 9 de septiembre de 1888 a Carl Fuchs define este libro como “una completa introducción de conjunto a mi filosofía.” Opinión que ratifica en otra misiva que escribe a Köselitz el día 12: “bajo este título inocuo se oculta un resumen, esbozado de manera muy audaz y muy precisa, de mis heterodoxias filosóficas esenciales.” (por esas fechas ese título iba a ser *Ociosidad de un psicólogo*, pero Köselitz le convenció en su respuesta para darle otro título más *brillante y esplendoroso*).

Puesto que según su autor, la obra es un compendio de su filosofía, podemos aprovecharla para aclarar cualquier duda que podamos tener sobre ella. Y en ese sentido es curioso la poca atención que se le presta. Colli (*Introducción a Nietzsche*) y Berkowitz (*Nietzsche. La ética de un inmoralista*) no le dedican ni unas líneas, y Ross (*Nietzsche. El águila angustiada. Una biografía*) y Morel (*Nietzsche. Introducción á une première lecture*) apenas un par de páginas. Mientras que Fink (*La filosofía de Nietzsche*, Madrid, Alianza Editorial, 1994) encuentra en ella “las ideas ontológicas más importantes de Nietzsche”.

Consta de diez apartados que, como es de esperar teniendo en cuenta la descripción de Nietzsche, versan sobre los mismos asuntos que acaparan su atención desde *Humano, demasiado humano*. Pero puede ser aleccionador escrutar el orden con que los confronta (Fink fue el primero en advertir que Nietzsche solía comenzar sus libros por los temas que juzgaba más interesantes). El primero *Sentencias y flechas* es una colección de breves aforismos sobre la mujer, el filósofo, la moral o el arte, pero en los siguientes, se dedica a exaltar el valor de la vida natural, los instintos y las pasiones frente a los excesos de la razón y sus construcciones imaginarias: dios, religión, metafísica, moral, etc.

*El problema de Sócrates*, es un elogio a la “vida” y los instintos (identifica su represión con la vida decadente y la enfermedad, y su potenciación con la ascendente y la felicidad), y un toque de atención contra la tiranía de la razón. Y nos anima a poner coto a ésta última y a dejarnos guiar por los primeros: “En él todo es exagerado, bufo, caricatura, todo es a la vez oculto, lleno de segundas intenciones, subterráneo. Yo intento averiguar de qué idiosincrasia procede aquella ecuación socrática de razón = virtud = felicidad: la ecuación más extravagante que existe [...] Sócrates fue un malentendido: *la moral del mejoramiento, también la cristiana, ha sido un malentendido...* La luz diurna más deslumbrante, la racionalidad a cualquier precio, la vida lúcida, fría, previsor, consciente, sin instinto, en oposición a los instintos, todo esto era sólo una enfermedad distinta- y en modo alguno un camino de regreso a la “virtud”, a la “salud”, a la felicidad... *Tener que combatir los instintos – ésa es la fórmula de la décadence: mientras la vida asciende es felicidad igual a instinto.*”

Los apartados tercero, *La “razón” en la filosofía*, y cuarto, *Cómo el “mundo verdadero” acabó convirtiéndose en una fábula*, continúan la guerra iniciada en el anterior. Destacan la fiabilidad de nuestros sentidos frente a los desvaríos de la razón y se dedica a atacar la metafísica y sus conceptos fundamentales. Consecutivamente y de forma casi telegráfica, critica el concepto de ser como algo inmutable, la teoría del

conocimiento, la voluntad, el “yo”, los “conceptos supremos” (por lo general huecos y vacíos) y la falsa dicotomía entre mundo “aparente” y “verdadero” (sólo existe el primero; el otro es una entelequia construida por nuestra razón y por tanto una mera ilusión “óptico- moral”).

Fink desmenuza estos apartados de forma magistral (Ibid, p. 165- 179). “La metafísica, ha desvalorizado el mundo real, el mundo que se muestra, el mundo espacio-temporal, y ha presentado como real un mundo meramente imaginado, una quimera.” Se da cuenta de que la guerra de Nietzsche va más allá de la metafísica y se dirige a la moral - “Es sobre todo la conexión entre la idea ontológica y el ideal moral lo que Nietzsche combate e impugna como “Dios”-, pero no de que en realidad es lo único que le interesa (no está construyendo una nueva filosofía, sólo destruyendo la antigua, porque la cree responsable de la moral al uso, y calcula que, una vez desprovistos de su sostén, y del que nos pueda brindar la religión, no nos quedará más remedio que regresar otra vez a nuestros instintos). De ahí sus quejas de que “no aporta pruebas, ni consigue llevar a cabo un despliegue sistemático de sus ideas”.

En el apartado quinto Nietzsche vuelve a identificar la fortaleza de la “vida” con la de los instintos y pasiones: “Todo naturalismo en la moral, es decir, toda moral *sana* está regida por un instinto de vida.” [...] La moral *contranatural*, es decir, casi toda moral hasta ahora enseñada, venerada y practicada se dirige, por el contrario, precisamente *contra* los instintos de la vida,- es una *condena*, a veces encubierta, a veces ruidosa e insolente, de esos instintos.” (*La moral como contranaturalidad*, 4).

Nos explica la estrella que guía su moral: “Cuando hablamos de valores, lo hacemos, bajo la inspiración, bajo la óptica de la vida: la vida misma es la que nos constriñe a establecer valores, la vida misma es la que valora a través de nosotros *cuando* establecemos valores... De aquí se sigue que también aquella *contranaturalidad consistente en una moral* que concibe a Dios como concepto antitético y como condena de la vida es tan sólo un juicio de valor de la vida- ¿de *qué* vida?, ¿de *qué* especie de vida? – Pero ya he dado la respuesta: de la vida descendente, debilitada, cansada, condenada.” (Ibid, 5).

Y termina con este rotundo fragmento: “cuando el moralista se dirige nada más que al individuo y le dice: “¡tú deberías ser de éste y de aquel modo!”, no deja de ponerse en ridículo. El individuo es, de arriba abajo, un fragmento de *fatum* (hado), una ley más, una necesidad más para todo lo que viene y será. Decirle “modifícate” significa demandar que se modifiquen todas las cosas, incluso las pasadas.” (Ibid, 6). Nietzsche parece rechazar aquí la posibilidad de unas normas generales (pero no nos engañemos porque no tardará mucho en querernos ganar a “su” moral).

Lo cual aún es más ostensible en el apartado sexto cuando, tras impugnar la voluntad libre, la relación causa- efecto, el yo, la responsabilidad, la culpa, y el castigo, termina: “*Nadie* es responsable de existir, de estar hecho de este o de aquel modo, de encontrarse en estas circunstancias, en este ambiente [...] Se es necesario, se es un fragmento de fatalidad, se forma parte del todo, se es en el todo,- no hay nada que pueda juzgar, medir, comparar, condenar nuestro ser, pues esto significaría juzgar, medir, comparar, condenar el todo... ¡Pero no hay nada fuera del todo! Que no se haga ya responsable a nadie.” (*Los cuatro grandes errores*, 8)

Pero en el séptimo, que titula *Los mejoradores de la humanidad*, las cosas ya empiezan a cambiar. De comienzo hace una rotunda distinción entre cría y mejora que no tiene desperdicio: “En todo tiempo se ha querido “mejorar” a los hombres: a esto sobre todo es a lo que se ha dado el nombre de moral. Pero bajo la misma palabra se esconden tendencias diferentes. Tanto la *doma* de la bestia hombre como la *cría* de una determinada especie hombre han sido llamadas mejoramiento [...] llamar a la doma de un animal su “mejoramiento” es algo que a nuestros oídos les suena casi a broma.” (2).

Está claro que para él esos conceptos son antitéticos (es la diferencia entre un domador que educa a un perro, o un criador que mejora su raza) y *exigen morales*

*antagónicas*. Y no hay duda de hacia cual se decanta su preferencia: “Tomemos el otro caso de la llamada moral, *el caso de la cría de una raza y especie determinada*.” (3, por supuesto la cursiva es mía). Y continúa: “El cristianismo, brotado de la raíz judía y sólo comprensible como planta propia de ese terreno, representa el *movimiento opuesto* a toda moral de cría, de raza, de privilegio: - es la religión *antiaria par excellence*: el cristianismo, transvaloración de todos los valores arios, victoria de los valores chandalas, el evangelio predicado a los pobres, a los inferiores, rebelión completa de todos los pisoteados, miserables, malogrados, fracasados, contra la raza.” (4). Como vemos Nietzsche ha perdido ya su “amoralidad”. No quiere ser, pese a los miles de páginas que se obstinan en verle de ese modo, un mejorador de individuos, sino criador de una nueva especie. Y el único medio de lograrlo es a través de esa “moral de cría” (contraria a la cristiana) que ha convertido precisamente en “su” moral.

Tras el apartado *Lo que los alemanes están perdiendo* que, desde nuestro punto de vista no aporta en sí nada nuevo, viene el titulado *Incursiones de un intempestivo* que, pese a ser un puzpurri, contiene fragmentos muy interesantes. Tras unos cuantos fragmentos dedicados al arte y a los artistas, llegamos al aforismo titulado Anti- Darwin en que un decepcionado Nietzsche se lamenta: “En lo que se refiere a la famosa lucha por la vida, a mí a veces me parece más aseverada que probada. Pero suponiendo que esa lucha exista- y de hecho se da- termina, *por desgracia*, al revés de como lo desea la escuela de Darwin, al revés de *como acaso sería lícito desearlo* con ella: a saber en detrimento de los fuertes [...] Las especies no van creciendo en perfección: los débiles dominan una y otra vez a los fuertes.” [Él sabe de sobras que eso no ocurre en la vida salvaje, sólo en el hombre, debido precisamente a nuestra moral: de ahí sus denodados esfuerzos por cambiarla. Por eso, pese al título y a esa constatación de que la lucha por la vida termina al revés de cómo desea la escuela de Darwin, este fragmento no es tan antidarwiniano como parece, sólo hay que leer las palabras que he recalcado en cursiva. ¡Qué a estas alturas, tras varios años de enconada lucha por cambiar ese estado de cosas, aún sea capaz de utilizar eufemismos como ese “acaso sería lícito desearlo” (propios de aquellas primeras obras que iniciaron su guerra), nos da idea del sigilo con que se mueve;]

El aforismo 33 no tiene desperdicio y debería ser de lectura obligada para todos los que aún sigan creyendo que, la campaña desatada a partir de *Humano, demasiado humano* y que tras *Zaratustra* llega hasta aquí, tiene como única meta la consecución de individuos con unas determinadas cualidades culturales, filosóficas o artísticas. Ya sabemos las alabanzas que siempre le ha merecido aquel egoísmo que en algunos sitios llama sano y sagrado. Pero, en este fragmento condiciona su valor *al efecto que las cualidades de quien lo tiene puedan suponer para la orientación (ascendente o descendente) de “la vida en su conjunto”*: “El egoísmo vale lo que valga fisiológicamente *quien lo tiene*: puede ser muy valioso, puede carecer de valor y ser despreciable. Es lícito someter a examen a todo individuo para ver si representa la línea ascendente o la línea descendente de la vida. Cuando se ha tomado una decisión sobre esto se tiene también un canon para saber lo valioso que es su egoísmo. Si representa el ascenso de la línea, entonces su valor es efectivamente extraordinario, - y por amor a la vida en su conjunto, que con él da un paso *hacia delante*, es lícito que sea incluso extremada la preocupación por conservar, por crear un *optimum* de condiciones.” Y, por si alguno no ha entendido bien lo que dice, remacha: “ El hombre aislado, el “individuo”, tal como lo han concebido hasta ahora el pueblo y el filósofo, es, en efecto, un error: no es nada de por sí, no es un átomo, un “eslabón de la cadena”, no es algo simplemente heredado de otro tiempo,- es la entera y *única* línea hombre hasta llegar a él mismo.”

Me gustaría llamar la atención de todos los que quieran derivar estas frases hacia derroteros filosóficos o culturales, a ese “fisiológicamente” que acota sin lugar a dudas el terreno en el que se sitúa, y en el que la últimas expresiones adquieren todo su valor. Sólo desde el punto de vista evolutivo cada hombre es una entera y única línea que

acaba en él: si es positiva representa algo valioso para la “vida en su conjunto” y habría que hacer todo lo posible por conservarla; si no... (véase dentro de unas líneas el fragmento 36).

El fragmento 34 equipara en valor decadente al anarquismo y al cristianismo por cuanto ambos defienden la igualdad de derechos (tan funesta para que pueda seguir adelante la selección). Y el 35 vuelve a denostar el altruismo y el desinterés porque (por el mismo motivo anterior) son la fórmula para la *décadence*: “Faltan las cosas mejores cuando comienza a faltar el egoísmo.”

Pero tal vez el más duro de digerir, para aquellos que se resisten a escuchar la verdadera naturaleza de su proclama, sea el fragmento 36, porque aquí ya no se limita a pedir una discriminación positiva para los hombres que representan la línea ascendente, sino una aniquilación de los contrarios: “El enfermo es un parásito de la sociedad. Hallándose en cierto estado es indecoroso seguir viviendo [...] (Hay) que crear una responsabilidad nueva, la del médico, para todos aquellos casos en que el interés supremo de la vida, de la vida *ascendente*, exige el aplastamiento y la eliminación sin consideraciones de la vida degenerante- por ejemplo en lo que se refiere al derecho a la procreación, al derecho a nacer, al derecho a vivir.”

No se trata como vemos de una eutanasia dirigida a paliar el dolor o evitar una vida indigna, sino de una clara postura a favor de la “vida ascendente”. Aunque a continuación, tal vez en un intento de mitigar su dureza, modera sus anteriores expresiones: “Morir con orgullo cuando ya no es posible vivir con orgullo. La muerte, elegida libremente, la muerte realizada a tiempo, con lucidez y alegría, entre hijos y testigos: de modo que aún resulte posible una despedida real, a la que *asista todavía aquel* que se despide.” Pero este párrafo, que podría verse como una defensa de una muerte digna, no pueden hacernos olvidar la crueldad del anterior. Al fin y al cabo sólo se trata de que la vida perniciosa desaparezca, y por supuesto, si lo hace voluntariamente ¡miel sobre hojuelas!

Por eso no es de recibo la beatífica interpretación que algunos hacen de su moral: “La voluntad de poder lleva consigo el dolor: éste es el conocimiento terrible que Nietzsche llama dionisiaco. Cualquier moral, cualquier concepción del mundo que quiera rechazar el dolor- y esto lo hacen no solamente el budismo y Schopenhauer, sino todo aquello que calificará de decadente, incluyendo el movimiento democrático de “ideas modernas”- es algo que rechaza la voluntad de poder, es decir, la vida misma.” Y ahora, hasta parece que intenta atenuar, ¿acaso defender?, la dureza del discurso nietzscheano: “la sociedad humana se basa en delitos horribles, y será siempre así. Dionisos ordena decir esta verdad sin velos, y al mismo tiempo obliga a aceptarla, a afirmarla. Es la misma visión que testimonia Tucídides en el coloquio entre los Melos y los embajadores atenienses. Nietzsche no es un exaltador de la violencia, como tampoco lo es Tucídides.” (G. Colli, Introducción a Nietzsche, Valencia, Pre-textos, 2000, p. 140) ¿Qué es eso de que Nietzsche no exalta la violencia? ¿Hay alguna manera más efectiva de loarla que hacerla parecer “normal” o casi “obligatoria”?

El 37 es un nuevo resumen de sus ideas. Son muchos los sitios en que defiende que la moral moderna trae consigo la decadencia de la vida y aquí, por el contrario, mantiene que es la vida decadente la que origina esa moral. Pero en realidad, lo único que pretende en ambos casos, es desprestigiarla: y para el caso da igual que sea su consecuencia, o su causa: “La suavización de nuestras costumbres - ésta es mi tesis, ésta es si se quiere mi innovación- es una consecuencia de la decadencia; la índole dura y terrible de la costumbre puede ser, a la inversa, una consecuencia del exceso de vida: entonces, en efecto, es lícito osar mucho, exigir mucho y también derrochar mucho. Lo que en otro tiempo constituía el condimento de la vida, eso sería para nosotros un veneno [...] Nuestras virtudes están condicionadas, vienen *provocadas* por nuestra debilidad.”

El fragmento 41 critica el concepto moderno de libertad por demasiado restringido y tibio, puesto que en realidad no abarca a los instintos, a los que intenta frenar: “nuestro moderno concepto de “libertad” es una prueba más de la degeneración de los instintos.”

Y el fragmento 45, “El criminal y lo que le es afín”, también resulta bastante expresivo: “El tipo de criminal es el tipo de hombre fuerte situado en unas condiciones desfavorables, un hombre fuerte puesto enfermo. Lo que le falta es la selva virgen, una naturaleza y una forma de existir más libres y peligrosas, en las que sea legal todo lo que en el instinto del hombre fuerte es arma de ataque y de defensa. Sus virtudes han sido proscritas por la sociedad [...] Es en nuestra sociedad, en nuestra domesticada, mediocre, castrada sociedad donde un hombre venido de la naturaleza, llegado de las montañas o de las aventuras del mar, degenera necesariamente en criminal.”

Está claro que para Nietzsche lo equivocado no es ese tipo de hombre, sino ese entorno “decadente” en el que se tiene que mover y que nuestro filósofo lucha por cambiar. Un cambio que sólo podrá conseguir con ese trueque de valores por el que porfía, que nos con

convertirá a todos en personajes similares a éste; no por supuesto como último fin, porque ése no es el superhombre, pero sí como una etapa necesaria para que éste llegue a la tierra. Porque, lo mismo que las sesiones de entrenamiento de un atleta, o las de estudio de un universitario, no agotan su finalidad en sí mismas, sino que aspiran a mejorar su futuro rendimiento deportivo o laboral, ese hombre libre de todo tipo de ataduras morales, que sólo se guía por sus instintos, sus deseos y su egoísmo, no es ese misterioso fantasma tras el que corre Nietzsche -¿como alguien puede creer eso? - sino el único medio para que, al cabo de miles de años, ese ser por el que suspira pueda pisar la tierra. Porque Nietzsche confía en que, una vez suprimida esa moral que hace que la ley de Darwin fracase en nosotros, volverá a actuar aquella selección natural que nos trajo al mundo, y que hará que nuestros descendientes sean más aptos, fuertes y, teniendo en cuenta la apuesta que la evolución parece haber hecho por el desarrollo cerebral, más inteligentes.

Y si alguien tiene dudas de lo que nos está diciendo aquí tenemos el aforismo 47, que debería bastar por sí solo para aclarar definitivamente el sentido evolutivo de su discurso: “Las cosas buenas son sobremanera costosas: y siempre rige la ley de que quien las *tiene* es distinto de quien las *adquiere*. *Todo lo bueno es herencia*: lo que no es heredado es imperfecto, es un comienzo [...] una mera disciplina de los sentimientos y los pensamientos es casi igual a cero (-en esto consiste el gran malentendido de la formación alemana, que es totalmente ilusoria): (¿qué más necesitamos para descartar en el superhombre cualquier veleidad filosófica?) es preciso persuadir primero al cuerpo.” Y, agucemos ahora el oído para no perder ni una palabra de toda una clara y explícita defensa de la doctrina evolutiva: *Es decisivo para la suerte de los pueblos y de la humanidad el que se comience la cultura por el lugar justo- no por el “alma”* (esa fue la funesta superstición de los sacerdotes y semisacerdotes): *el lugar justo es el cuerpo.*” (Por supuesto la impresión en negrita es mía; como deseaba destacarlas, y el propio Nietzsche utiliza en el párrafo alguna cursiva, no he encontrado otra solución mejor).

Son ideas tan claras, que me da vergüenza remachar siempre lo mismo: mi insistencia parece un insulto a la inteligencia del lector. Pero téngase en cuenta que hay un montón de comentaristas que las pasan por alto. Y es hacia ese grupo al que va dirigida. Estas pocas frases debería haberlas puesto como preámbulo a *Zaratustra* y habría terminado con toda discusión, porque explican su contenido de manera tan explícita, que no creo que nadie se hubiese atrevido a tergiversarlas. Porque no es que Nietzsche diga una cosa y haga otra: todo su catecismo va dirigido en esa línea. Eso explica sus ataques a la cultura, la religión, la filosofía, la razón, la democracia, el estado, la compasión y el anhelo de igualdad, y sus loas a la naturaleza, la tierra, el cuerpo, los instintos y la guerra, la imposibilidad de que ninguno de nosotros se convierta en superhombre, y esa moral prehumana que al final lo traerá consigo (aunque eso

requerirá mucho tiempo, aquel *tal vez milenios*, que expresa en alguna de sus cartas; de ahí que en muchos lugares aplase el cumplimiento de su esperanza al país de los hijos).

Por eso en el fragmento 48 marca distancias con el buen salvaje de Rousseau. Frente a la moral igualitaria del francés que se conforma con “volver a la naturaleza”, Nietzsche proclama que lo suyo “no es un volver, sino un *ascender*, - un ascender a la naturaleza y a la naturalidad elevada, libre, incluso terrible, que juega, que tiene *derecho* a jugar con grandes tareas...” (Como vemos su anhelo no se cumple con el regreso a la naturaleza: por el contrario es ahora cuando se inicia el “juego hacia esas grandes tareas”; ¿cómo queremos que nos lo diga?) Y el 49 destaca sus afinidades con el hombre concebido por Goethe (el último alemán por el que yo tengo respeto) “para el cual no hay ya nada prohibido, a no ser la *debilidad*, llámese ésta vicio o virtud... Con un fatalismo alegre y confiado ese espíritu que *ha llegado a ser libre* está inmerso en el todo, y abriga la creencia de que sólo lo individual es reprobable, de que en el conjunto todo se redime y afirma- *ese espíritu no niega ya...* Pero tal creencia es la más alta de todas las creencias posibles: yo la he bautizado con el nombre de *Dioniso*.”

En el 51, último de este apartado, hace un encendido elogio del aforismo y menciona de pasada su Zaratustra: “El aforismo, la sentencia, en los que yo soy el primer maestro entre los alemanes, son las formas de la “eternidad”; es mi ambición decir en diez frases lo que los demás dicen en un libro,- lo que todos los demás *no* dicen en un libro... Yo he dado a la humanidad el libro más profundo que ella posee, mi *Zaratustra*: dentro de poco voy a darle el más independiente.”

En el fragmento 4 de apartado siguiente, *Lo que debo a los antiguos*, vuelve al tema de Dioniso, y al fin se decide a mencionar el eterno retorno (un eterno retorno descafeinado, porque aquí está desprovisto de toda implicación filosófica): “Yo fui el primero que, para comprender el instinto helénico más antiguo, todavía rico e incluso desbordante, tomé en serio aquel maravillosos fenómeno que lleva el nombre de Dioniso: el cual sólo es explicable por una *demasía de fuerza*. [...] Pues sólo en los misterios dionisiacos, en la psicología del estado dionisiaco se expresa el *hecho fundamental* del instinto helénico- su “voluntad de vida”. ¿Qué es lo que el heleno se garantizaba a sí mismo con esos misterios? La vida *eterna*, el *eterno retorno de la vida*; el *futuro, prometido y consagrado en el pasado*; el *sí triunfante dicho a la vida por encima de la muerte y del cambio*; la *vida verdadera como supervivencia colectiva mediante la procreación, mediante los misterios de la sexualidad*. Por ello el símbolo *sexual* era para los griegos el símbolo venerable en sí. [...] Todo esto significa la palabra Dioniso: yo no conozco una simbólica más alta que esta simbólica *griega*, la de las Dionisias. En ella el *instinto más profundo de la vida, el del futuro de la vida, el de la eternidad de la vida, es sentido religiosamente,- la misma vía hacia la vida, la procreación, es sentida como la vía sagrada*.” ... Sólo el cristianismo, que se basa en el resentimiento contra la vida, ha hecho de la sexualidad algo impuro.”

Pese a que utilice explícitamente esa expresión *del eterno retorno de la vida*, para mi queda claro que no alude a ningún concepto filosófico, porque todo el fragmento es un canto a la procreación y a esa sexualidad que asegura la continuidad y eternidad de la vida. Eso no escapa a la penetración de Trías que extrae de aquí buena parte de su interpretación de la doctrina de Nietzsche: (es) “el filósofo de la *afirmación* ontológica de un *ser* que se especifica y define en el movimiento o devenir a través del cual se reproduce y se recrea de forma diferenciada y variada. (Filosofía del futuro, 65)... La *insistencia* del fenómeno, que es temporal en su esencia misma, se prueba en su renovación, en su “volver a ser” una vez ha fenecido, en ese “eterno retorno” que tiene por premisa la destrucción constante de lo que ha sido, destrucción que abre el pasaje a un *ser otro* en el cual el pasado insiste y el futuro se anticipa. (Ibid, 71)... La idea nietzscheana nuclear a que me estoy refiriendo es, pues, esta conexión intrínseca, enunciada con claridad en el *Zaratustra*, entre amor y creatividad como clave

antropológico- vital fundamental, como principio general de la vida y en particular de la vida humana.” (Ibid, p. 109).

Trías lleva razón. Ahí está *el eterno retorno de la vida* por encima de los avatares individuales. Pero se olvida que a través de este tráfago y ese devenir, aunque en este apartado Nietzsche lo deje de lado, es como la vida se ha superado (desde siempre) a sí misma, y como Zaratustra nos incita a hacerlo. Para eso sólo tenemos que volver a esa moral que permitirá el regreso de la selección natural y de la evolución.

Antes de dar el libro por terminado, Nietzsche aclara en el fragmento 5 lo que, en el tiempo en que se interesaba por la tragedia, entendía por dionisiaco: “El decir sí a la vida incluso en sus problemas más extraños y duros; la voluntad de vida, regocijándose de su propia inagotabilidad al sacrificar a sus tipos más altos, - a eso fue a lo que yo llamé dionisiaco, eso fue lo que yo adiviné como puente que lleva a la psicología del poeta trágico (una definición que más tarde volverá a recoger en *Ecce homo*). Y define *El nacimiento de la tragedia* como el inicio de su campaña a favor de la nueva moral: fue mi primera transvaloración de todos los valores: con esto vuelvo a situarme otra vez en el terreno del que brotan mi querer, mi poder- yo, el último discípulo del filósofo Dioniso,- yo, el maestro del eterno retorno.”

La concepción dionisiaca de la vida, ese uno primordial cuyas individuaciones mueren y vuelven a nacer, está tan cerca de la “vida” entendida como corriente evolutiva, y en cierto sentido del eterno retorno, que casi cuesta separarlas, hasta el punto de que en algunos casos casi no podemos saber con seguridad a cuál se puede referir; y cada uno tiende a hacer su lectura favorita. Por eso la única unanimidad es que estos fragmentos, y en realidad todo el libro, son un himno a la “vida”. Pero, esa unanimidad se rompe ante la pregunta: ¿qué entiende Nietzsche por “vida”, y qué por su ascenso o su descenso, su fortaleza o su debilidad?

Para unos, somos seres dotados de instintos y mente, y esta última se ha opuesto de forma tan desorbitada a los primeros que nos ha hecho enfermar: es hora de restituirles su valor y recuperar la salud. Según esta versión Nietzsche estaría anticipando algunas de las grandes concepciones del psicoanálisis: “Lo que a él le interesa es constatar si una concepción es índice del predominio de los instintos de salud, fortaleza, nobleza, alegría de vivir, o si procede de instintos insanos, serviles, fatigados y enemigos de la vida. Las verdades en sí le son indiferentes; se preocupa de cómo los hombres generan sus verdades de acuerdo con sus instintos, y cómo con ello estimulan la vida.” (R. Steiner, Friedrich Nietzsche, un luchador contra su época, Madrid, editorial Rudolf Steiner; 2000, p. 32).

Para otros esta visión “fisiológica” se queda corta y su intención iría mucho más allá. La sistemática oposición entre cuerpo y alma, no sólo ha perjudicado al primero, porque la valoración peyorativa que hemos hecho de la vida terrenal, cuando nuestra fe en cualquier otra se ha derrumbado, ha conducido a otra enfermedad del espíritu: el nihilismo. Y sólo una nueva posición, que en lugar de renunciar al cuerpo, lo convierta otra vez en el centro de gravedad de nuestra vida, nos hará salir del atolladero. Así, toda su lucha por reinstaurar la moral prehumana, tiene una finalidad filosófica: luchar contra el nihilismo: “El advenimiento del nihilismo es fruto y consecuencia de la “falta de coraje” que supone no “creer en nada” después de desmoronarse la interpretación moral. Por ese motivo, la estrategia nietzscheana consistirá ahora en desmontar la idea de necesidad tanto de la interpretación moral como de su consiguiente nihilismo. Desde este ángulo de visión, la *absoluta* “relatividad” de las interpretaciones y el “desengaño” sobre una supuesta finalidad del devenir, no expresan sino la propia consecuencia del monopolio y del dominio excluyente de una determinada pretensión, la *moral*, que no es nada más y nada menos que una “interpretación más.” ( Germán Cano, Como un ángel frío. Valencia. Pre-Textos. 2000. p. ).

Hay quien aún cree seguir oyendo los ecos de *Schopenhauer como educador* (o mejor aún de *La visión dionisiaca del mundo*). Para ellos Nietzsche seguiría anclado en

una visión estética de la vida que la liberaría de su aspecto más sombrío e insoportable y la transformaría en algo creativo: “La *afirmación* de la vida que exige Nietzsche es un acto por excelencia creativo [...] que el hombre sea un ser creativo, creador de su propia vida y de su propia moral; que sea artista, que cree su vida como si fuera su obra de arte; que exprese su fuerza en su creación de la verdad, en su *propia* producción de la verdad no subordinada a ninguna autoridad”. (C. Crego y G. Groot, Introducción a *La gaja ciencia*, Madrid, Akal, 1988, p. 20)<sup>1</sup>

Otros la identifican con la voluntad de poder: “La propuesta de Nietzsche de la voluntad de poder como autosuperación es a la vez una afirmación de la vida por el concepto de su elevación y una crítica del concepto metafísico del yo (O. Shutte, *Más allá del nihilismo*, Madrid, Ediciones del laberinto, 2000, p.129) [...] De hecho con la personificación de la naturaleza como voluntad -de- poder, las fuerzas naturales pueden llegar incluso a tener prioridad sobre el valor de la intencionalidad humana.”(Ibid, p.141). [Podría haber suprimido ese “pueden llegar”, puesto que la creación de esa doctrina por parte de Nietzsche tiene ese único fin. La voluntad de poder está tan ligada a su moral, que no se puede descartar que haya llegado a la una a través de la otra; pero, teniendo

<sup>1</sup> Si nos fijamos, de las muchas veces que Zaratustra emplea la palabra crear, pocas (no me atrevo a decir ninguna), lo hace en sentido artístico. Ese vocablo en sus labios casi siempre significa dar a luz una nueva moral (lo que más adelante llamará transvaloración de todos los valores) o ayudar a traer al mundo al superhombre: “Todos los seres han creado hasta ahora algo por encima de ellos mismos: ¿y queréis ser vosotros el reflujo de esa gran marea, y retroceder al animal más bien que superar al hombre?” (Prólogo); “Yo os digo: también vuestro sí- mismo quiere morir y se aparta de la vida. Ya no es capaz de hacer lo que más quiere: crear por encima de sí.” (De los despreciadores del cuerpo); “El noble quiere crear cosas nuevas y una nueva virtud. El bueno quiere las cosas viejas y que se conserven.” (Del árbol de la montaña); “Cambio de los valores - es cambio de los creadores. Siempre aniquila el que tiene que ser un creador.” (De las mil metas y de la única meta); “¡No debes propagarte sólo al mismo nivel, sino hacia arriba! [...] Un cuerpo más elevado debes crear, un primer movimiento, una rueda que gire por sí misma, - un creador debes tú crear... Sed para el creador, flecha y anhelo hacia el superhombre.” (Del hijo y del matrimonio); “Crear- esa es la gran redención del sufrimiento, así es como se vuelve ligera la vida [...] La belleza del superhombre llegó hasta a mí como una sombra. ¡Ay, hermanos míos! ¡Qué me importan ya- los dioses!” (En las islas afortunadas). “Mas recordad también esta frase: todo gran amor está por encima incluso de toda su compasión: pues el quiere además- ¡crear lo amado! De mí mismo hago ofrecimiento a mi amor, y de mi prójimo igual que de mí - este es el lenguaje de todos los creadores.” (De los compasivos); “Y quien tiene que ser un creador en el bien y en el mal: es verdad ese tiene que ser un aniquilador y quebrantar valores.” (De la superación de sí mismo); “Esta somnolencia la sobresalté yo cuando enseñé: lo que es bueno y lo que es malvado, eso no lo sabe todavía nadie: -¡excepto el creador!” (De las tablas viejas y nuevas, 2); “¿A quién es al que más odian estos? Al creador es al que más odian: a quien rompe tablas y viejos valores, al quebrantador - llámanlo delincuente.” (De las tablas viejas y nuevas, 26). Y en el único capítulo que en *Zaratustra* dedica a ese tema, “Del camino del creador”, nos muestra que no basta con ser un “espíritu libre” sino que, el valor que a sus ojos tiene esa “libertad”, depende de para qué se utilice: “¿Libre te llamas a ti mismo? [...] ¡Qué importa eso a Zaratustra! Tus ojos deben anunciarme con claridad: ¿libre para qué?” Y termina el capítulo dejándonos adivinar que su dureza es una postura obligada: “¡El amante quiere crear porque desprecia! ¡Qué sabe del amor el que no tuvo que despreciar precisamente aquello que amaba! [...]Yo amo a quien quiere crear por encima de sí mismo, y por ello perezco.”

Pero tal vez el más expresivo sea el “De la virtud que hace regalos”, en el que Zaratustra nos precisa su meta: “Hacia arriba va nuestro camino, desde la especie asciende a la superespecie”. [...] Vuestro espíritu y vuestra virtud sirvan al sentido de la tierra, hermanos míos: ¡y el valor de todas las cosas sea establecido de nuevo por vosotros! ¡Por eso debéis ser luchadores! ¡por eso debéis ser creadores!” Y otra vez repite que para eso harán falta siglos: “de vosotros, que os habéis elegido a vosotros mismos, debe surgir un día un pueblo elegido- y de él, el superhombre.” ¿ Se puede decir lo que quiere de forma más clara? ¡Difícilmente!

en cuenta sus respectivas cronologías, no sería la voluntad de poder la que le obliga a escoger moral, sino “su” moral la que echa mano de esa teoría como fundamento filosófico. Esa cuando menos es la interpretación de Habermas: “ha visto que las normas del conocimiento no son independientes por principio de las normas de obrar; que hay una vinculación inmanente entre conocimiento e interés (*Sobre Nietzsche y otros ensayos*, La crítica nihilista del conocimiento en Nietzsche, Madrid, Editorial Tecnos, 1994, p. 37). [...] (Sus valores) reclaman un proyecto filosóficamente fundado de orientaciones del obrar futuro, no proyecciones arbitrarias para una praxis ciega. Nietzsche ha ensayado darnos esta fundamentación filosófica de la transmutación de todos los valores con una teoría de la voluntad de poder y con la hipótesis del eterno retorno de lo mismo.” (Ibid, p. 33)]\*.

Y para otros en fin, simboliza el eterno retorno, o el mismo Dioniso: “La religión griega es una religión eminentemente afirmativa: la vida misma es lo divino; esto es lo que la caracteriza. En Dioniso se adora la vida, la vida entera sin restricciones, ni amputaciones ((Elvira Burgos, *La crítica a la religión en el pensamiento de madurez de Nietzsche: los dos tipos*, Taula, nº. 21-22, 1994. p. 61); “aún cuando la religión de la vida se extienda más allá de la antigua religión griega, incluso a una posible futura religión, la religión del eterno retorno, Dioniso, el *nacido* dos veces y el que afirma la vida en cada uno de sus nacimientos es indiscutiblemente el símbolo nietzscheano de toda religión afirmativa.” (Ibid. p. 62).

Es verdad que muchos de los argumentos que utiliza Nietzsche a lo largo de sus libros contra la moral usual, o en apoyo de la suya, la relacionan con la “salud”, con crear algo por encima de nosotros, o con Dioniso, el “nihilismo”, la “voluntad de poder” y el eterno retorno. Pero a lo largo de su obra esgrime no menos de veinte razones distintas<sup>2</sup>. Así que tendremos que esforzarnos en intentar discernir cuales son las fundamentales.

A mi criterio los pecados de todas estas interpretaciones son múltiples: alguna se olvida de esa excelsa y misteriosa figura que, en *Zaratustra*, parece esperarnos en lontananza; la mayoría pasa por alto que Nietzsche no es un amoral, aunque en las primeras etapas finja serlo, sino que tiene una moral cuya dureza sobrepasa, con mucho, la intención que ellos defienden; las dos últimas olvidan la cronología de aparición de su entusiasmo por la vida y de su fervor por esas ideas; y por si fuera poco todas ponen el límite de la “superación” en el individuo, pasando por alto los numerosos párrafos en que ese sentido individual parece desbordado para apuntar a toda la especie.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> En *Humano, demasiado humano* ya encontramos varias: como defensa de un instinto (99, 102); porque toda moral es una trampa (133); porque la simple idea del mal ya perjudica (141); porque va contra lo que cabe esperar de un espíritu libre (225); porque dificulta la producción de genios (233); o para evitar que en nuestra regresión volvamos otra vez al mono (247). De *Aurora* elegimos las siguientes: como costumbre (9); como degenerado (38); como apoyo a la vida contemplativa (41, 42); para conseguir un fin que *queda a nuestro libre albedrío* (108); y porque las acciones discrepantes pueden ser beneficiosas (149). Y en *La Gaya Ciencia* la ataca como instinto de rebaño (116), calumnia contra la naturaleza (294), empobrecimiento (304), enfermedad (305), mentira (326), problema (345), disfraz (352); o voluntad de venganza de los hombres malogrados (359).

<sup>3</sup> A partir de 1886 ya saca a relucir los argumentos biológicos hasta entonces velados: “Quien adivina la fatalidad que se oculta [...] en toda la moral europeo- cristiana [...] abarca [...] de una sola mirada todo aquello que, con una favorable concentración e incremento de fuerzas y de tareas, podría sacarse del hombre mediante su *selección*” (*Más allá del bien y del mal*, 203); porque ve en ella “la voluntad volviéndose contra la vida” (*La genealogía de la moral*, prólogo, 5); porque con ella “el presente vive tal vez *a costa del futuro*” (Ibid, 6); porque “la compasión obstaculiza en conjunto la ley de la evolución que es la ley de la *selección*” (*El Anticristo*, 7); porque “condiciona el futuro de la humanidad” (*Ecce homo*, Aurora, 2); porque “su sentido es arruinar fisiológicamente a la humanidad” (Ibid, 2); porque “el crecimiento de los males fisiológicos y morales es la consecuencia de esa moral enfermiza y antinatural” (*La voluntad de*

Así parece verlo el Steiner de la segunda época cuando proclama: “La propia realidad se supera a sí misma, el hombre puede convertirse en superhombre. Siempre ha habido evolución y el hombre también ha de ejercerla [...] Ha de seguir avanzando en el camino de la evolución que ha estado recorriendo hasta ahora. Ascendiendo desde el gusano ha llegado a convertirse en ser humano y puede pasar de ser hombre a superhombre.” (*Friedrich Nietzsche, un luchador contra su época*, Madrid, editorial Rudolf Steiner; 2000, p. 176).

Algo muy similar defiende M. Ferraris: “Nietzsche está substancialmente de acuerdo con un modelo biologicista, donde el organismo (como energía y como representación) proporciona el modelo prioritario de una ontología fisiológicamente fundada (*Nietzsche y el nihilismo*, Madrid, Ediciones Akal, 2000, p. 55). Y continúa: “Es bastante evidente que, una vez sentadas estas condiciones, el superhombre será caracterizado en términos biológicos. El carácter de la política nietzscheana es estrictamente biologicista, con todo lo que esto comporta” (Ibid, p.57).

Y, aunque de manera más sibilina, así parece aceptarlo Safranski, cuando menos en parte: “El superhombre representa un tipo biológico más elevado que podría ser el producto de un cultivo consciente de su propósito, pero también es un ideal para todo el que quiere adquirir poder sobre sí y cultivar y desarrollar sus virtudes (*Nietzsche. Biografía de su pensamiento*, Barcelona Tusquets Editores, 2001, p. 290) [...] Pero todavía no hemos tocado el aspecto decisivo del superhombre. Lo tocamos ya si recordamos que en realidad Nietzsche quería anunciar a través de *Zaratustra* la doctrina del eterno retorno. Casi zozobrando, Nietzsche se refiere a esa doctrina por primera vez en el libro tercero de la obra, en el fragmento titulado “De la visión y del enigma”. Allí aparece con claridad cual es la significación peculiar del superhombre, a saber: el hombre que ha madurado para captar y soportar lo monstruoso de esa doctrina.” (Ibid, p. 292).

No creo que el superhombre, un concepto de por sí bastante arduo, pueda ser a la vez tantas cosas [un superhombre biológico tardaría miles de años en aparecer en la tierra, ¿cómo creer que Nietzsche se preocupa (ni aunque lo hiciese podría influir) en lo que ese remoto personaje pueda pensar?]. Debe tener una cualidad esencial; y Nietzsche sienta la que es, y el modo de propiciar su venida, en las dos primeras partes de *Zaratustra*. Luego saca a colación la idea del eterno retorno pero eso, con perdón, no tiene nada que ver con el superhombre (otra cosa es que, cuando pasa aquel arrebatado de exaltada inspiración que da origen a *Zaratustra*, y comprende que la humanidad nunca aceptará “su” moral el tiempo suficiente para que aquella figura llegue a la tierra, intente vendernos gato por liebre, y empiece a adulterarla).

Situado entre un libelo antimoral (*La genealogía de la moral*), y un panfleto contra el cristianismo (*El anticristo*), este libro está consagrado a cantar la vida natural e instintiva y a desmontar unos cuantos conceptos filosóficos. ¡Y no deja de ser curioso que, un texto que Nietzsche considera como un compendio de su filosofía, no dedique un solo capítulo a alguna de las ideas que la mayoría de comentaristas juzgan principales: el eterno retorno (la alusión del capítulo *Lo que debo a los antiguos* no puede tenerse en

---

*poderío*, 52); (Ibid, 125); porque “para detener la ruina de la especie es imprescindible que el malparado, el débil, el degenerado, perezcan [...] El verdadero altruismo exige el sacrificio por el mejoramiento de la especie (Ibid, 245); porque “mientras no se considere la moral cristiana como un delito capital contra la vida se seguirá haciendo el juego a sus defensores (Ibid, 249); “Así suena, en efecto, la doctrina que, a través de la vida, se predica a todo lo que vive: la moral de la evolución” “Comprendo, cuando digo “moral”, un sistema de valoraciones que se relacionan con las condiciones de vida de un ser (Ibid, 254); porque “es una oposición permanente a los esfuerzos de la naturaleza para producir un tipo superior” (Ibid, 395);o porque “lo opuesto de lo que desea el rebaño es la condición necesaria para la elevación del tipo humano (Ibid, 951).

cuenta; si no hubiese escrito sobre esa idea ninguna otra cosa, nadie sería capaz de extraer de ese párrafo un solo concepto filosófico), la voluntad de poder, y el nihilismo;

¿Qué significa esa discrepancia? ¿Es esa la causa del aparente desdén con que algunos autores tratan este libro? Puesto que no se ajusta a sus previas interpretaciones, la postura más *cómoda* es prescindir de él, aunque muchos podamos pensar (incluyo ese “muchos”, porque me resisto a creer que en un asunto como éste pueda estar solo) que no sea la más correcta; porque, a lo que esa discordancia debería obligar, sería a una cuidadosa relectura y análisis de las obras de Nietzsche.

Si tomamos el número de páginas que (desde *Humano, demasiado humano*) dedica a cada tema, como un indicio razonable de cual pueda ser su interés por cada uno, habría cuando menos que empezar a poner en duda cual de sus ideas es para él la “fundamental”. Porque la mayoría las dedica a exaltar la “vida”, y a luchar contra la moral cristiana (como aclara en muchas ocasiones por su efecto negativo sobre aquélla) y las instituciones, creencias y sistemas filosóficos que de alguna manera la propician o dan cobijo. Y por lo tanto, y mientras no se demuestre lo contrario, esa es la que deberíamos juzgar como su idea fundamental. Y al hacerlo así, esas otras pasan a ser simples colaboradoras: la voluntad de poder porque le facilita un sostén para defender filosóficamente “su” moral, y el eterno retorno y la figura de Dioniso porque han demostrado ser un estupendo refuerzo esotérico, poético y filosófico que le ha facilitado múltiples adhesiones (bien es verdad que a cambio de adulterar un tanto el contenido de su doctrina).

Por eso, si el libro es un resumen de sus *heterodoxias filosóficas esenciales*, no es extraño que esté dedicado a aquella y deje esas otras de lado. En cuanto a lo que significa la figura del superhombre, y el por qué de su omisión a estas alturas, he intentado aclararlo, con mejor o peor fortuna, en un pequeño ensayo colgado en un par de portales con el título *Zaratustra: el mito del superhombre filosófico* (si algún lector desea ampliar detalles puede hacerlo en el libro publicado hace unos años con ese mismo título).